

PILAR SAHAGÚN

*El signo del infinito*



© PILAR SAHAGÚN, 2014

© ARCOPRESS, S.L., 2014

Primera edición: marzo de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

COLECCIÓN NARRATIVA • EDITORIAL ARCOPRESS

Director editorial: JAVIER ORTEGA

Imprime: LINCE ARTES GRÁFICAS

ISBN: 978-84-1600203-0

Depósito Legal: CO-493-2014

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A ti.*

*Y a todos los que su ética  
ya no les permita sufrir más.*

<i>Preludio</i> .....	11
NORTE-SUR.....	13
ANDANTE AL SUR .....	15
Torrebermeja .....	17
El divino español .....	21
Un viejo piano de cola.....	30
ANDANTE AL NORTE .....	37
Castilla, azafranada y polvorienta.....	39
Marcando territorio .....	44
Una comunidad singular .....	51
Una ciencia ancestral .....	64
FINALE .....	73
Una muerte inesperada .....	75
ADAGIO .....	81
Un trauma por abandono.....	83
Un viaje a Lutecia .....	93
El caballo alado .....	102
Ciudad versus campo .....	106
DUETTO.....	113
El encuentro .....	115
Sufrimar .....	120
RICERCARE .....	125
Los siete magníficos .....	127
<i>A touch of class</i> .....	135
La serpiente dorada .....	140
Camino de Damasco .....	148

APPASSIONATO .....	155
Un lugar en el sol.....	157
Tiempo de amar .....	164
El juego de la verdad .....	170
Una boda peculiar.....	180
La cueva del amor .....	185
LACRYMOSA.....	195
Un melanoma asesino .....	197
LUX AETERNA.....	201
El pacto.....	203
SEGUNDA PARTE .....	207
Un sueño repetido.....	209
In Memoriam .....	216
Ni vestido blanco ni marcha nupcial .....	222
El regreso .....	234
Vermissage .....	243
Medja Pragjyotishpur.....	255
Al destino hay que ayudarle .....	267

## *Preludio*

Esa noche tuve el mismo sueño que tanto me perturbaba en otra, ya muy lejana; desperté atrapada en un pasado que la intuición me llevó a buscar en el desván. Entre apuntes de la carrera y textos antiguos, encontré una carpeta negra con un nombre escrito en rojo: *Norte-Sur*. Era el título de las memorias que escribí por mandato de una psiquiatra después de que Casilda muriera en plena juventud, llevándose la alegría de la mía.

Hipnotizada, empecé a leerlas. Escritas a mano, evidenciaban, además del cambio sufrido por un mundo en el que el ordenador había derrocado al papel, Internet era su oráculo y se comunicaba a través de un móvil, que me fue más fácil descubrir la inexistencia de la muerte que el amor.

En el mismo que utilizaba, comencé a escribir la continuación de aquella historia, que culminaba con el insólito pacto que sellé con Casilda el día antes de su muerte.

# ANDANTE AL SUR

## TORREBERMEJA

Casilda nació en el sur, en ese extremo meridional de Europa que rezuma nostalgias árabes. Se apellidaba igual que la ciudad donde vivía, de la que unos decían que tomó el nombre de su familia y otros que eran ellos los que lo hicieron.

Aquellas tierras unguidas por el mar cambiaban drásticamente con las estaciones. Marea verde en primavera, amarilleaban en verano cuando la misma brisa que mecía las olas del cercano Atlántico ondulaba aquellos mares de dorada mies. De oro eran también los finos que bebía esa raza vieja que ama la belleza de los toros de lidia y venera al caballo español.

El título que ostentaba su abuelo databa de 1684, año en que fue concedido a Don Beltrán Alcaíz y Pérez del Azor caballero de Santiago. Sus descendientes trataban de no desmerecerlo; los Alcaíz formaban parte de esa aristocracia que no desprestigia la bella palabra griega que significa *lo mejor* y Platón creía que de ella saldrían los hombres capaces de gobernar su *República*.

Andaluces insignes extraían del campo, además de sus recursos, sus aficiones. Las tierras de campiña, sin duda más rentables, eran anodinas, pero Los Lebreles, cortijo donde se criaban los toros con hierro del marquesado y la yeguada más famosa del sur, tenía *duende*. Allí pasaban buena parte de su tiempo montando a caballo, practicando acoso y



derribo y ese abanico de actividades que acompañan la vida del campo andaluz. Cerca de su ciudad, lo visitaban a diario y a veces se quedaban a dormir en la vieja casa de campo atendidos por la mujer del encargado. Los caballos se exhibían en un cobertizo no lejos del picadero. Tampoco quedaba distante la pequeña plaza de toros donde se celebraban las tientas. A El Alcornocal, coto de caza plagado de venados y jabalís, solo iban en época de monterías, famosas por su pabellón de caza que unía a la solera de los años la capacidad de sentar a su mesa cien comensales.

Cuando nació Casilda, los Alcaíz padecían un imparable declive económico. Su abuelo, el actual marqués, manejaba la familia con autoridad dictatorial, pero con tan buen hacer que de no ejercerla los suyos se la habrían reclamado.

También él se crió bajo ese yugo que vivió más como protección que como tiranía. *Páter familias* en versión andaluza, Beltrán Alcaíz consideraba lo suyo lo mejor; muchas veces con razón. Los caldos de sus bodegas, el trapío de su ganadería y el aplomo de sus caballos no tenían parangón.

Su secretario tampoco; lo mismo le cargaba las escopetas que ensillaba su caballo. Confidente y fuente de información era además su *agradaor*, singular palabra que designaba un oficio que no se aprendía en la escuela. No es fácil ensalzar a alguien sin caer en el ridículo ni perder la dignidad; subir la autoestima es una moneda de curso legal en cualquier parte. Y escasea en todas.

Pero donde realmente el marqués se sentía un privilegiado era en su círculo familiar. Su padre le pidió, antes de morir, que se casase con la hija de su íntimo amigo; cuando Soledad Benamejí regresó del colegio donde estaba interna en Inglaterra unos meses antes de la boda, descubrió que la mujer que iba a ser suya era el más bello ejemplar de una raza tan hermosa como la andaluza.

—Cuando venías a casa con tu padre y no te dignabas mirarme, ya estaba enamorada de ti.

Beltrán notó un latigazo en sus entrañas.

—Debía estar ciego o tú llevar babero, porque nunca he conocido a nadie que me atraiga tanto. No sé si voy a resistir los dos meses que faltan para casarnos sin hacer una tontería.

—¡No seas descarado, chiquillo! ¡Me asustas! Los ingleses son menos vehementes. Y yo muy tímida.

Desmentían sus palabras dos ojos como carbones encendidos y el mohín travieso de sus labios de fruta madura. Morena y casi tan alta como él, tenía unas piernas interminables que movía con una elegancia no exenta de sensualidad. Su pelo de ébano líquido le caía como una cascada sobre los hombros, enmarcando un rostro perfecto en el que Beltrán descubrió que lo que más le atraía era su nariz: pequeña y fina, las aletas le palpitaban al ritmo de sus emociones, como las de las potras de su yeguada. Soledad Benamejí era un purasangre.

Aquel matrimonio concertado se convirtió en un amor apasionado que vivieron al amparo del viejo palacio de los Alcaíz, que la familia llamaba Torrebermeja, como la calle donde estaba. Construido en el siglo XVIII, fue un arquitecto de la Toscana el que consiguió un híbrido de la arquitectura de dos pueblos hijos del sol.

Mansión difícil de manejar, cautivó a su nueva dueña, que la tuteló con maestría a pesar de su juventud. Descubrió el embrujo de sus rincones acentuado por el continuo repicar de campanas; le recordaba a Brujas, donde fue de excursión con el colegio, y un guía les explicó que en la Edad Media el viejo carillón anunciaba la apertura y el cierre de las puertas de la ciudad, el comienzo y el final de la jornada de trabajo, la obligatoriedad de llevar una antorcha. En la actualidad marcaba pausas en el quehacer diario. De descanso para algunos, de oración para otros.

El corazón de Torrebermeja latía en el patio. Senderos de mármol de Carrara circundados por columnas del mismo material, tendrían la solemnidad de un claustro catedralicio sin el follaje que crecía por doquier. Versión de lujo de

uno andaluz, lo cubrían de día toldos de lona blanca que se recogían al anochecer para dejar que entrase la luna. Y la noche perfumada.

De una esquina arrancaba una majestuosa escalera de mármol; peldaños de ancha huella con taracea de mármol, ascendían escoltados por una regia balaustrada bajo la bóveda decorada con frescos de la mitología griega. Digna del mejor *palazzo* italiano, era orgullo del que, más fastuoso que confortable, albergaba al lado de baños incómodos y difíciles de calentar, salones con vocación de corte.

Destacaba el de baile, con sus paredes recubiertas de espejo que reflejaban los frescos del techo salpicado de arañas de cristal de La Granja, que en la noche refulgían como diamantes invitando a recordar el esplendor de otros tiempos. Miriñaques de seda. Lenguaje de abanicos. Danzas que, como en la naturaleza, preceden al amor.

El palacio nació al mismo tiempo que los *salones* en Francia; era fácil imaginar reuniones convocadas por un reflejo parisino, que tendrían allí la impronta de Séneca.

Los recortes económicos no permitían contratar el servicio que requería una mansión de aquella envergadura, así que la joven marquesa decidió, con buen criterio, reducir la zona habitada al ala izquierda de la planta baja. Clausuró la derecha y reservó los salones de la primera para ocasiones especiales, como la Nochevieja. Los Alcaíz despedían allí el año, y ese vestigio de antiguo esplendor les concedía el arbitraje social de la zona. Recibir el nuevo en Torrebermeja revalidaba la categoría social del invitado, cuestionando la del no requerido.

## EL DIVINO ESPAÑOL

El marqués tenía una hermana casada con un aristócrata belga que raramente venía a España, y un hermano diplomático al que recientemente habían nombrado embajador en Londres. Los dos varones conservaban trato tan estrecho que sus hijos se querían como hermanos. Veraneaban juntos en Torrebermeja, donde sus padres nacieron, pero vinculado al título, pertenecía ahora al mayor.

Rafael, único hijo de Beltrán, conoció con su tío Cristóbal muchos de los lugares donde estuvo destinado; ese invierno lo pasaba en Londres. La Embajada de España era la plataforma privilegiada para conocer una de las ciudades más interesantes del planeta, donde encajó como un guante.

Ya en la primera fiesta a la que asistió causó sensación. Al finalizarla todo el mundo le llamaba *el divino español*. Aquella denominación de origen convirtió a Rafael Alcaíz en el galán de moda esa temporada. Las mujeres inglesas se lo disputaban, hechizadas por su cuerpo cimbreño y su negra mirada, mientras los hombres le encontraban inusualmente divertido. No hubo evento ese invierno donde no estuviese invitado el español. *The divine*.

El embajador correspondió con una fiesta en el equinoccio de primavera, y para amenizarla contrató a una pianista argentina que en ese momento hacía furor en Europa. Era la mejor. Y sin duda, también la más bella.

Dos días antes había roto moldes en el *Albert House* de lo que hasta entonces se consideraba un concierto de música clásica. Tocaba con la pasión que carga de energía los festivales *pop* y tenía el don de conectar con el público, al que conducía al éxtasis.

Convertida en diva sin proponérselo, era tan criticada como ensalzada. Unos pensaban que contribuía a expandir la música que desconocían, o incluso rechazaban, los menos cultos; otros, por el contrario, entendían que la denigraba. Judith Gelfo suscitaba la polémica que siempre acompaña al fuera de serie.

Esbelta como un bambú, tenía alma de líder. Sus manos, que parecían sacadas de un cuadro del Greco, delataban su pasión al volar sobre el piano emitiendo una energía que cargaba el ambiente de un alto voltaje emocional.

Pero a veces el éxito impide la entrada al triunfo y eso, que suena a paradoja pero es una realidad, le sucedería a ella en la fiesta de la embajada cuando, vestida de blanco como una vestal, interpretó la *Suite española* de Albéniz.

La clase social que en Inglaterra confunde la elegancia con la frialdad se sintió sacudida por una violenta emoción que exteriorizó como el pueblo llano. Había lágrimas en los ojos y aplausos en el aire cuando el embajador de España se acercó a la pianista con dos copas de champán. Los invitados, puestos en pie, se unieron con entusiasmo a su brindis.

Rafael Alcaíz no podía apartar los ojos de aquella mujer que le atraía como el imán al hierro y, apoyada en el piano, le miraba con la misma fiebre que le invadía a él. Respiraba con dificultad al susurrarle al oído lo que a ella le pareció un ruego, pero fue una orden:

—¡¡¡Vámonos!!!

Ni a él le guió la autoridad ni ella obedeció por sumisión; la pasión les convirtió en cómplices. Los invitados se dirigían al comedor cuando ellos salieron por la puerta de servicio.

Rafael la llevó casi en volandas hasta el apartamento de

un amigo que, antes de irse a Nueva York, le dejó las llaves diciéndole:

—¡Dispón de la casa como quieras, pero cuida de mi gato!

Tras cerrar la puerta se abrazaron como posesos. En un sitio extraño un hombre y una mujer, que también lo eran, vivirían las horas más intensas de su existencia.

La ola de frenesí que barrió las playas de su razón les arrastró a conocer antes sus cuerpos que el sonido de su voz. Se amaron con la espontaneidad de los animales sin que les faltase la ternura de los ángeles, de cuya mano se adentraron en ese paraíso del que tanto se habla, pero al que no es fácil acceder.

La primera experiencia amorosa de Judith coincidió con el descubrimiento del amor de Rafael. Las mujeres que conocía no tenían nada que ver con la que tenía entre sus brazos. Ninguna olía, ni tenía una piel tan suave, ni gemía como ella... Esa noche entró en el círculo de los que creen que una persona es única.

Consciente del regalo que le hacía el universo entregándosele antes que a nadie, supo que sin ella su vida carecería de sentido. La sola idea de perderla le volvía loco. A su vez, ella detectó un tirano en algún rincón de su interior que le obligaba a desear a aquel extraño más que a nada en el mundo. Con la luz del alba contemplaron, uno en los ojos del otro, el resplandor del amor, y antes de abandonar el apartamento se lo juraron eterno.

No había tiempo que perder; Judith continuaba la gira tres días después. Fue a hablar con su tío al mismo tiempo que Rafael con el suyo.

Samuel Gelfo era el director de la Orquesta Nacional Argentina. Acompañar a su sobrina en su viaje triunfal por Europa hizo realidad el sueño de su vida. Hermano gemelo de su madre, se erigió en cabeza de familia al quedarse ella viuda con una niña de siete meses. Profesora de piano, Sara Gelfo descubrió que su hija, que aún no levantaba dos pal-

mos del suelo, era un genio tocándolo; desde ese instante, el objetivo de ambos hermanos fue hacer de ella la mejor pianista del mundo.

Le cambiaron el apellido del padre por el de su familia de músicos. Judíos argentinos, el abuelo de la niña llegó a ser el violinista más famoso del momento; solo el accidente que le destrozó una mano impediría que llegara a la cumbre. Cuando pasó la antorcha a su hijo Samuel, este se la entregó a su sobrina convencido de que sería ella quien alcanzaría la fama que su padre vislumbró.

Como Mozart y Albéniz, Judith daba conciertos a los cuatro años. A cambio de eso no tendría niñez. Ni adolescencia. Y al cruzar el umbral de la juventud, en su vida solo tenía cabida la música. Pero el día que los críticos dijeron que era la mejor, todos dieron por bueno el esfuerzo.

Comenzaron a llover los contratos, primero de América y después de Europa. Samuel se convirtió en su *manager* y ella en un ídolo para los melómanos.

Cuando desapareció de la embajada sin dejar rastro, su tío pasó la peor noche de su vida. Después de buscarla en hospitales y comisarías, la encontró a media mañana en el hotel donde se hospedaban. Pero su alivio se transformaría en cólera al enterarse de que Judith tenía la intención de abandonar su carrera para casarse con el sobrino del embajador de España.

Telefonó a Buenos Aires:

—Sara, no sabes lo que lamento tener que decirte que Judith ha contraído una peligrosa locura: ¡quiere abandonar la carrera para casarse!

—¡Pero qué me estás diciendo! Hay que impedirlo como sea. Haz lo que creas necesario, pero evita a toda costa ese despropósito.

Samuel jugó fuerte. Le recordó el ingente sacrificio que habían hecho, jurándole, por lo más sagrado, que si cometía semejante disparate ni él ni su madre volverían a verla y los Gelfo la maldecirían por generaciones. Dijo eso y muchas

cosas más, recriminatorias casi todas, de súplica alguna. Sin embargo, Judith no cedió. Tras una conversación dura como el acero, se separaron henchidos de amargura. Él con la esperanza de que su sobrina recapacitara, con la convicción ella de que no volvería a ver a su tío.

A Rafael no le fue mejor; Cristóbal le tachó, no solo de irresponsable, de traidor, invitándole a abandonar la embajada hasta que recuperase la razón. Comprensivo hasta entonces con las veleidades de su sobrino predilecto, reaccionó en esta ocasión como si se hundiese el mundo. Llamó a Beltrán para que viniese a resolver un asunto que a él se le escapaba de las manos.

Destrozados por el fracaso de sus gestiones verificaron que, al igual que el sol disipa la niebla, hacer el amor borraba su pesar. No obstante, él era consciente de la importancia de mantener un *estatus* que dependía de su padre. Hijo único, estudió Derecho por aquello de tener un título, pero sabiendo que su destino estaba al lado del marqués. Ella, en cambio, disfrutaba de la magnitud de un sacrificio que tenía la medida de su amor. Dispuesta a renunciar a la razón de su existencia, ignoraba que la música reclamaría su territorio como lo hacen los ríos desviados de su cauce, que recuperan a la primera oportunidad. Y generalmente de forma abrupta.

Rafael se enfrentó con su padre por primera vez en su vida:

—Si sigues por ese camino me veré obligado a tomar medidas acordes a la gravedad de tu provocación.

Al llegar al apartamento rompió a llorar como un niño en brazos de Judith, que le consoló como si realmente lo fuese:

—No te preocupes. Yo hablaré con él mañana.

Pero antes de decirlo ya estaba arrepentida. Ni la primera vez que subió a un escenario sintió pánico semejante.

El marqués la recibió con extrema frialdad, y ella solo fue capaz de balbucear entre sollozos:



—Lamento ser la causante de las desavenencias entre el hombre que amo más que a mi vida y su padre, a quien, por el mero hecho de serlo, respeto por encima de todas las cosas.

Conocerla le hizo comprender lo que su hijo no supo explicarle. Aquella joven, casi una adolescente, de voz dulce matizada por un leve acento argentino, le sorprendió. Esperaba encontrarse con una mujer sin escrúpulos y tenía delante un ángel.

Con lo fácil que hubiese sido decir: *esta es la mujer de la que me he enamorado y aunque pensar en boda es prematuro y seguramente desacertado, ahora que la conoces, quizá puedas comprender por qué no quiero perderla.*

Sin saber qué hacer, y aún menos qué decir, el marqués se excusó citándola para cenar con Rafael en el club.

Persuadido de que le tocaba torear una corrida difícil, fue a ver a su hermano para prepararla. Creía que Cristóbal tenía el criterio amplio que su profesión exigía, pero ese día se dio cuenta de que solo era un funcionario de alta gama. Inflexible y superficial estaba cegado por lo social, no reconocía que la gran perdedora en aquel asunto era aquella muchacha en flor.

Quizás él debía al contacto con la naturaleza otra visión de las cosas. Inmerso también en una sociedad que solo conjugaba el verbo *tener*, olvidándose del *ser*, aún distinguía el grano de la paja. Y conservaba la escala de valores.

Antes de acudir a la temida cita, Judith le dijo a Rafael:

—La intuición me dice que tu padre va a convertirse en nuestro mejor aliado.

—Es arriesgado, Judith, pero como no tenemos nada mejor a lo que agarrarnos, actúa como te dicte el corazón.

Pero cuando ella pidió permiso a su padre para sincerarse no le llegaba la camisa al cuello.

En tono sosegado la pianista empezó a narrar su vida, consagrada por entero a la música. No ocultó las penurias económicas de un hogar mantenido por una viuda que

daba clases de piano en un humilde barrio de Buenos Aires. Tampoco, que para llegar adonde estaba tuvo que renunciar a vivir.

Con la misma naturalidad que de las dificultades habló de los éxitos; ahora la reclamaban de todo el mundo y, a donde quiera que fuera, un grupo de *fans* enarbolando banderitas argentinas hacía guardia en su hotel. El mero anuncio de sus actuaciones agotaba las entradas y los asesores de imagen aseguraban que no pasarían dos años antes de que alcanzara la popularidad de una estrella de Hollywood. Pero todo eso eran meros fuegos de artificio comparado con lo que sentía por Rafael:

—Si me preocupa abandonar la carrera es por mi familia. Soy consciente de que mi decisión les romperá la vida, pero los sentimientos han cogido el timón de la mía.

Le cautivó aquella alma cristalina. Había venido a Londres con la intención de abortar una relación que ahora deseaba haber disfrutado él. Pocos hombres conseguían que una mujer como Judith renunciase a todo por su amor. Su admiración era tan grande como la envidia que sentía por su hijo.

Guardó silencio un tiempo nada corto, pero cuando lo rompió, les colocó a las puertas mismas del paraíso:

—Creo que por mucho que buscase no podría encontrar a nadie mejor que tú. Otra cosa es que mi hijo te merezca. Salvada mi responsabilidad, solo me queda daros mi bendición.

Ella no cabía en sí de gozo. Y Rafael no podía creer que su padre se hubiese rendido sin condiciones, mientras Beltrán, que se sentía orgulloso de haber obrado con la nobleza a la que le obligaba su condición, pidió champán.

Después de cenar tomaron café en el bar del club —más inglés que las blancas rocas de Dover—, y Judith susurró dirigiéndose a un piano que parecía esperarle en un rincón:

—Intentaré expresar con música lo que no sé decir con palabras.

Cuando tocó *Córdoba*, Rafael supo que admitía a su padre

en el círculo donde antes solo estaban ellos dos, y Beltrán comprendió su éxito. Más aún, tuvo la seguridad de que Judith llegaría a la cumbre. Tenía el estigma de los elegidos.

Su renuncia le pareció una inmolación; y su hijo un privilegiado al que, por segunda vez en esa noche, envidió.

La pianista había ganado una batalla, pero sus naves se hundían en el Támesis. Sin familia ni carrera, mucho tenía que ofrecerle la vida al lado de Rafael para compensarle del sacrificio que él admitió con la seguridad del que piensa que da más de lo que recibe.

Dadas las circunstancias, Beltrán creyó que lo mejor era celebrar la boda en la intimidad de la embajada. Partidario de los hechos consumados, empezó a organizarla con la oposición de su hermano, que seguía pensando que era una ignominia para la familia.

La alegría no estuvo invitada aquel veinticinco de marzo, en una mañana que más parecía noche cerrada. Rafael echó en falta a su madre y la luz de Andalucía; Judith no supo si extrañaba más a la música o a los suyos. Sin embargo, las palabras del oficiante al declarar que permanecerían unidos en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte, disiparon las tinieblas que vestían de luto la mañana.

Dejaron Londres envuelto en la niebla y Andalucía les recibió con un chorro de sol. El camino que los llevaba del aeropuerto a casa rezumaba jara y trinar de pájaros. En el sur, la primavera está preñada de vida.

Rafael pensó que ni siquiera al lado de Judith podría ser feliz lejos de su tierra; ella, abrumada por la exuberancia que la rodeaba y le recordaba a Mendoza, ciudad argentina de la que procedían los Gelfo, sintió una punzada de nostalgia que se desvaneció al coger entre las suyas las manos de Rafael.

Repicaban las campanas cuando un criado sonriente y tostado por el sol les abrió las verjas del jardín. Torrebermeja

vestida de oro por el atardecer tenía un aspecto tan imponente que Judith se encogió en el asiento. La diferencia entre aquella mansión principesca en una ciudad que compartía nombre con su marido y el pequeño apartamento del barrio de San Telmo, donde se crió, era abismal.

Una mujer muy hermosa se dirigía hacia el coche; Rafael salió a su encuentro. No descendió del vehículo. Desde el que contempló, conmovida, el parecido entre madre e hijo: la misma belleza morena. Igual porte patricio. Idéntico elegante caminar.

Los modales exquisitos de Soledad no dejaron traslucir su resentimiento, pero la tensión se palpaba en el ambiente. Judith, alegando un cansancio que realmente le causó la intensidad de sus emociones, pidió permiso para retirarse.

Cuando estuvieron a solas, Beltrán dijo a Rafael:

—Viviréis en el ala derecha del palacio, que ya está amueblada y, con una mano de pintura y algunos arreglos en la cocina y los baños, quedará como nueva.

—No sé cómo agradeceréte. Dejar Torrebermeja hubiese sido un trauma —respondió.

—Lo que me vas a agradecer es que te invite a hacer el viaje de novios mientras se realizan las obras.

—¡Déjame abrazar al mejor padre del mundo!

Judith dormiría esa noche en sus brazos, y al día siguiente le enseñaría la tierra a la que amaba casi tanto como a ella.

## UN VIEJO PIANO DE COLA

En aquel viaje Judith descubrió, además de Andalucía, el paisaje interior de su marido. El sur le desveló facetas nuevas de su personalidad, como cantar las loas de su tierra con tanta pasión como amaba: *Y es que Andalucía es una señora de tanta hidalguía, que apenas le importa lo materiá...* recitaba mientras conducía.

La algarabía acompañaba los días que se aquietaban al ponerse el sol, cuando descendía un manto de paz sobre aquella tierra que alguien llamó *de María Santísima*.

En esa hora bruja llegaron a Córdoba. Judith captó en el aire misterio, pasión, sabiduría. Reja y albero. Revoloteo. Quejío... La cautivó al contemplarla desde el monasterio de San Jerónimo de Valparaíso.

Su actual propietario, amigo de los Alcaíz, les acogió en aquel lugar privilegiado que un día fue territorio de Medina Azahara, la ciudad árabe del siglo X. Rodeado de un bosque frondoso, se fundó cinco siglos más tarde. De las ruinas de la ciudad califal salió gran parte del material con el que se construyó el primer edificio gótico de Córdoba. En vías de restauración, la parte habitable había quedado magnífica. Y con la paz de eterna invitada.

La ciudad de los abderramanes significaría más para ella que aquel oscuro veinticinco de marzo en Londres. No en vano su amor despertó con la música que Albéniz le dedicó.

El aroma de azahar penetraba como una niebla en la habitación donde se amaron como si de ellos dependiera la continuidad de la especie.

Los pueblos que la cal viste de blanco la hechizaron con sus calles estrechas donde jugaban los niños y sesteaban los perros, gruñendo en sueños si un gato invadía su territorio.

—¡Querría perderme contigo en una de esas casas salpicadas de geranios rojos!

—Eres una romántica empedernida, Judith; esto es encantador para verlo en una tarjeta postal, pero Torrebermeja es tan grande que nadie molesta a nadie.

—Pues a mí me impone. No estoy acostumbrada a vivir en un palacio. No creo que me sienta cómoda.

—Donde tienes que sentirte cómoda es en mis brazos.

—Yo no llamaría comodidad al paraíso.

—¡Ole!

—¡Serás creído!

—Lo soy. De que me quieras así.

—Más que nadie en el mundo.

—Te estás ganando que pare el coche en una cuneta, Judith Gelfo.

—Es lo que pretendo, Rafael Alcaíz.

Albéniz también le presentó a Sevilla. Vio su *duende* danzando en lo alto de la Giralda, mirándose en el río desde la torre del Oro, escondido tras los limoneros en el barrio de Santa Cruz... perfumando la llegada de la noche con el aroma del embrujo.

En Granada durmieron en el recinto palatino del reino nazarí: entre cipreses y murmullo de agua. Algunos atribuían su nombre, *Al hamra*, rojo en árabe, a su fundador que era pelirrojo; otros a su silueta carmesí cuando la iluminaban las antorchas bajo las estrellas.

Andalucía se le estaba metiendo tan adentro como a

Albéniz, su mejor cronista. Nunca encontró aquel encanto en ningún lugar de los muchos que le llevaron sus giras.

Rafael no estaba a su lado cantando:

*A Roma se va por bulas,  
por tabaco a Gibraltar  
a Alcaíz se va por sal...*

Regresaron contentos, bronceados. El tono cobrizo le favorecía tanto a él como a ella el dorado. Eran tan hermosos y su pasión tan evidente que resultaba incómodo estar con ellos.

Impacientes por conocer su nueva casa, entraron directamente al salón, donde les esperaba una sorpresa.

Al ver el piano, Judith se sonrojó como si se tratase de un antiguo amante. Encima de la tapa, una tarjeta del marqués acompañaba a un jarrón de rosas rojas:

*He mandado afinar el piano que estaba en el salón de baile. Lo necesitas a tu lado como un drogadicto su dosis, pero en tu caso el peligro está en la abstinencia. No dejes de tocarlo nunca, de ello depende la felicidad que yo te deseo, tú te mereces y espero encuentres en Torrebermeja. Amar la música es un privilegio, no un pecado. Y menos aún una traición.*

Le sorprendió que Beltrán apreciase una renuncia que Rafael ignoraba:

—Toca *Córdoba* para mí.

—Antes de conocerte la dedicaba al amor sin saber que tenía tu nombre... ¡Va por ti Rafael!

Con los últimos acordes la arrastró al suelo. Se amaron a la sombra del piano con la misma pasión que en el apartamento londinense, pero con naranjos y limoneros asomando por un ventanal custodiado por dos cipreses, que se estremecieron al escuchar la música de Albéniz seguida de los gemidos del amor.

Aquel verano fue largo. Tórrido. Los toldos cubrían el patio desde que el sol asomaba por oriente hasta que el último rayo se despeñaba por el horizonte, cuando las bandadas de pájaros despertaban con su algarabía a la dama de noche, que lo inundaba todo de su aroma embriagador.

Una de esas dulces noches estaba sola en casa, había luna llena. No encendió la luz para tocar el repertorio dedicado a la diosa blanca. Cuando Beethoven y Debussy tomaron posesión del salón les prometió tocar cada vez que su espíritu se lo demandase. Una cosa era renunciar a su carrera y otra muy distinta privar a su alma de alimento. Aquella decisión, aparentemente trivial, sería determinante. De mantener su destreza, que Arturo Rubinstein aseguró que se perdía en dos semanas, dependería su libertad.

Ese verano Rafael le enseñó las playas de la zona; una excursión más larga les llevó a Marruecos. Algún día un túnel uniría dos continentes que albergaban mundos distintos; por el momento, cruzar el estrecho de Gibraltar era viajar en el tiempo.

Desde la habitación del hotel de Marrakech, antiguo palacio rodeado de palmeras y olivos, se divisaba la torre de la mezquita de Kutubia, hermana gemela de la Giralda que Judith admiró en Sevilla; pero lo que le impactó fue la plaza de Yamaa el Fna. Corazón de la ciudad, era un escenario donde actuaban a un tiempo encantadores de serpientes, bailarines, acróbatas, dentistas, cuentacuentos, vendedores de zumos de fruta, amanuenses, aguadores... Ella solo vio el marco ideal para sus conciertos.

Esa noche soñó que daba allí uno acompañada de Albéniz, que descendió del cielo por un tobogán de luz y explicó al público, enardecido por su resurrección que, como Judith, daba conciertos a los cuatro años, pero nunca logró tocar *Triana*, su obra más difícil, con el virtuosismo de ella.

El gentío pedía a voces su repetición mezclando sus gri-



tos con los del almuédano convocando a los fieles. Una plataforma suspendida de las estrellas sostenía la orquesta. Cuando el director se volvió para corresponder a los aplausos, comprobó estupefacta que, embutida en un frac, era ella quien la dirigía al tiempo que, vestida de blanco, tocaba el piano.

Aquel sueño sería premonitorio. Llegaría el día en que dirigiría una orquesta con similar éxito al de sus conciertos como solista.

—Rafael, he soñado que daba un concierto en la plaza de *Jamaa el Fna* y Albéniz bajaba del cielo para acompañarme. Aún oigo los aplausos. Yo tocaba el piano y dirigía la orquesta a la vez. ¡El mundo de los sueños es fabuloso! No existe lo imposible.

—¿Echas de menos tocar en público, Judith? —le dijo él—. Porque podemos organizar un concierto en el patio de Torrebermeja siempre que quieras. La gente se pegará por ir.

—Lo único que quiero es estar contigo; nunca he sido tan feliz. Los sueños sólo son quimeras que fabrica el subconsciente —y rubricó lo que decía con un beso que no solo disipó sus dudas; le incitó a hacer el amor antes de desayunar.

El último día de su estancia en Marruecos sufrió un mareo en el zoco que atribuyó al calor, pero se debía a su embarazo.

Él recibió con inquietud la noticia que a ella la transformó; empezó a cuidar su alimentación tanto como sus actividades. Tocaba el piano con una dulzura que sustituía a su antigua pasión. Contemplaba solo lo que le parecía hermoso, acechando la belleza de las puestas de sol con la misma fruición que el amanecer. A Rafael le quería más que nunca, pero ya no le consideraba su amante.

Temblaba al coger en brazos a su cachorro, que era igual que Rafael. Soledad se rindió ante una nieta que, salvo en el color de los ojos, era su vivo retrato. Hubiese querido lla-

marla como ella, pero la tradición exigía que las mayorazgas de la familia se llamasen Casilda.

Cuando la niña atravesó el patio que separaba las dos viviendas con la torpeza de un pingüino, estableció entre su madre y su abuela un nexo eterno, y Beltrán pudo manifestar la ternura que le inspiraba Judith, pero la prudencia le desaconsejó demostrar.

Todos se agolparon alrededor del bebé, y hasta el viejo palacio rejuveneció con la capa de pintura del mismo color que los años habían apagado.

También ordenó construir una piscina en el jardín posterior.

—Quiero que mi nieta se críe como una reina.

Soledad aplaudió la idea:

—Es lo que corresponde; esta niña será el orgullo de los Alcaíz.

Aquella alberca entre naranjas y limones era el paraíso privado de Casilda; no tenía dos años cuando pasó el verano con un flotador en el agua, de la que se volvió devota. Lo mismo que del sol, que tornó su piel canela induciendo a que su madre la llamase *Morena*. Gustó a todos el apodo, que Soledad consideró un homenaje al color que su nieta heredara de ella.

La última planta del palacio la ocupaba el desván que Beltrán nunca visitó, ni tenía noticias de que su padre lo hiciera. Su hijo tampoco. En cambio Soledad no llevaba un año de casada el día que pidió al ama de llaves que se lo enseñase, y pasó muchos abriendo baúles, hurgando en aquel batiburrillo de cosas que excitaban su curiosidad.

Casilda tenía siete años y una invitación para un baile de disfraces la primera vez que subió de la mano de su abuela. En un baúl del tamaño de un armario encontró un vestido de terciopelo turquesa, con encajes de marfil, que entusiasmó a su nieta y fue la admiración de la fiesta.

Esa noche no podía dormir. La emoción que le producía la existencia de un lugar del que los mayores nunca habla-

ban se lo impedía. Aquel espacio abuhardillado, envuelto en un halo silencioso, le suscitaba sensaciones que la obligaban a volver.

Desde una de sus mansardas divisó un paisaje de tejados salpicados de campanarios y nidos de cigüeñas que no se parecía en nada al que se contemplaba desde el jardín: ese día descubrió la magia que subyace en la materia.

Tener acceso a ella quizá sea la diferencia más profunda entre los habitantes de un planeta que puede ser sórdido o luminoso según el color del cristal con que se mire, pero nadie podría calificar de injusticia ver el lado amable de la vida. Ese don, patrimonio del ser humano en potencia, lo puede desarrollar igual un príncipe que un mendigo.

La relación de Casilda con el desván no terminaría nunca. Escuchar el latido de otros tiempos, y quién sabe si de otras dimensiones, le crearía adicción.

El tiempo discurría con la rapidez que acompaña la bonanza; Judith no hubiese cambiado ese momento de vida por todas las glorias de este mundo. Sin embargo, escuchaba a veces en su interior una nota discordante que rompía la armonía de aquella pastoral.

Nunca sabría si aquel incómodo latido fue el heraldo de la tragedia que ocurrió cuando *Morena* tenía seis años y cambió la vida de todos. Hasta el nombre de la niña, que volvió a llamarse Casilda.

# ANDANTE AL NORTE

## CASTILLA, AZAFRANADA Y POLVORIENTA

Yo tenía la misma edad que Casilda, pero había nacido en tierra de campos que alguien llamó *campos de tierra*. Ligada al medievo, Castilla está cargada de historia que la ancla al pasado, en el que se daba más importancia al honor que a los graneros, que costaba llenar con cosechas de tierras áridas y clima extremo.

El lar de mis mayores estaba al borde del Camino de Santiago, en la zona donde se acumula la mayor concentración de arte románico de la tierra. Lo recorrían esforzados caminantes que buscaban el conocimiento; unidos por el lenguaje universal del misticismo y la concha del peregrino, forman parte del paisaje de mi niñez.

Muchos descubrirían que el Camino era la meta. Otros seguirían buscando, ¡quién sabe si indefinidamente!

Mi memoria despierta a los cuatro años. Antes solo tengo evocaciones irrelevantes: unas pastas recubiertas de blanco en una caja de porcelana del mismo color... Mi padre llevándome en brazos a la cama creyendo que estaba dormida... Olor a sangre que brotaba de mi nariz y alguien intentaba taponar con un pañuelo...

Lo primero que recuerdo con precisión es un viaje en coche con el abuelo y *mademoiselle*, a la que llamaba *Madmua*.

Nos trasladábamos a La Peregrina después de que mis padres murieran en un trágico accidente.

Julio y Carolina San Facundo tenían un hijo varón y una hija siete años menor, que eran felices en la finca hasta que los estudios les obligaron a ir a Madrid; Iván estudiaría Derecho y Nell Medicina, carrera que por entonces no acogía a muchas mujeres, pero que ella y Dolores de la Fuente, su íntima amiga, cursarían con éxito.

Cuando mi padre decidió hacer oposiciones a Abogacía del Estado, el suyo le propuso prepararlas en el campo, apartado de ruidos y distracciones, alternando el estudio con paseos al aire libre. Además, a menos de una hora de coche, vivía un magnífico preparador. Se encerró con los libros y la sensación de estar en un retiro monacal, no en el arresto domiciliario que hubiera supuesto en Madrid. Estudiaba muchas horas al día, pero no dejó de caminar uno solo.

Tras aprobar el ejercicio final con el número uno, no quiso moverse de la finca; adoraba los días largos y claros de junio, que se consumían lentamente en el silencio de aquellas llanuras limitadas por un horizonte tan lejano que parecía inmaterial. Y sus noches cuajadas de estrellas.

En agosto aceptó la invitación de un amigo para ir a Santander, donde el destino quiso que conociera a Monique Besançon, que hacía un curso para extranjeros en el palacio de La Magdalena.

Fue un amor a primera vista, de los que Nell y Madmua aseguran que son reencuentros. Después del verano se escribían a diario y, antes de incorporarse a su trabajo, él fue a verla a Lyon.

Su familia le pareció tan encantadora como aquella francesita de quien estaba irremediabilmente enamorado:

—¿Quieres casarte conmigo en primavera, en la iglesia de La Peregrina, donde celebraban las bodas los San Facundo?

—Es lo que más deseo en el mundo.

La familia de mi madre llegó a La Peregrina una semana antes de la boda.

Pierre Besançon era un devoto de la arqueología y disfrutó enormemente visitando una villa romana. Construida en el bajo imperio, tenía un salón —*oecus*— de casi doscientos metros cuadrados, que atesoraba dos magníficos mosaicos: uno representaba la historia de Ulises, el otro una cacería multicolor. En el museo arqueológico del pueblo contempló enseres de aquella importante mansión cuyo edificio principal, de planta cuadrada, estaba flanqueado por dos torres.

Mi abuelo materno amaba los ríos tanto como los yacimientos arqueológicos, y se enamoró del que, entre cañaverales, circundaba el sur de La Peregrina. Julio San Facundo mandó desempolvar la vieja tartana, un landó y el tálburi, y las dos familias recorrieron largos caminos de tierra hasta llegar al río, donde pescaron medio saco de cangrejos.

Negrucos y escurridizos, se volvieron rojos como claveles reventones cuando Indalecio los guisó en una salsa picante que, según la abuela Josette, era digna de *Les Trois Gross*, uno de los restaurantes más famosos de Lyon, ciudad gastronómica por excelencia.

El abuelo siempre dice que aquel encuentro lo propiciaron los dioses. Los franceses, felices de casar a su hija con alguien que vivía en un sitio que parecía sacado de una novela de Proust, rivalizaban en entusiasmo con los San Facundo, que adoraron a Monique nada más verla.

Al año de casarse, el dueño de una compañía petrolera venezolana hizo a mi padre una oferta imposible de rechazar. Mi madre ya estaba embarazada, pero decidieron no malograr una ocasión que les permitiría ganar más dinero en cuatro años que en toda su vida en España. A su regreso podrían retirarse a La Peregrina, que Iván añoraba antes de irse.

A los dos meses de nacer me dejaron al cuidado de una *salus* hasta que Thérèse Trijois, para bien o para mal, se convertiría en mi madre.

Hacía cuatro años que la mía biológica estaba en América

cuando mis padres celebraron la vuelta a casa. Finalizadas las obras y organizado el equipo humano, solo quedaba inaugurar una plataforma que ya funcionaba desde hacía más de un mes. Por fin podría disfrutar de un hogar donde les esperaba una hija a la que solo habían visto siete veces en toda su vida. Después de hacer la última transferencia al banco de Madrid, mi padre dijo:

—Monique, volvemos a casa; la aventura americana ha terminado. Acabo de cerrar los billetes para regresar a España. Ya he escrito a mi padre comunicándoselo.

No podía imaginar que aquella carta llegaría después que sus cuerpos sin vida a Barajas.

Viajaban en helicóptero con el presidente de la compañía cuando se estrellaron en la sierra de Perijá. Aunque la versión oficial habló de fallo técnico, nunca se descartó un atentado. Aquel gerifalte estaba amenazado de muerte en un país donde la vida carecía de valor. Sea como fuese, mis padres, que atravesaron el Atlántico tantas veces, la perdieron en un vuelo que hacían todas las semanas desde que llegaron a Venezuela.

Nunca disfrutarían la fortuna que me hizo millonaria a los cuatro años. Un seguro de vida del que era única beneficiaria, sumado a la cantidad que mi padre percibió por su trabajo, alcanzó una cifra astronómica que mi abuelo y albacea testamentario invirtió tan acertadamente que, cuando fui mayor de edad, los expertos dijeron que podría vivir de las rentas por muy longeva que fuese.

Cuando sucedió Nell estaba en la India, tratando de olvidar el fracaso de su matrimonio; allí encontró no solo el sosiego, sino también la filosofía para mantenerlo. Sus padres no quisieron arrebatarárselo. Le dieron la noticia en pequeñas dosis, como un veneno; su hermano llevaba dos meses enterrado cuando le dijeron que había muerto.

Mi padre amaba La Peregrina más que a nada en el mundo. Conozco bien ese sentimiento, que mi abuelo dice que heredé de él. Puede parecer que esa tierra nos perte-



nece, pero somos los San Facundo los que al morir nos fusionamos con ella.

Es el último miembro de la familia que está enterrado en el pequeño cementerio del Valle de los Cuervos, que debe su nombre a los negros carroñeros que lo sobrevolaban a la espera de que alguien depositara un animal muerto; o que alguno, como hizo *Cancerbero*, un mastín de León, fuera a morir allí.

Rodeado de una tapia de adobe, era tan mísero que, por no tener, no tenía ni sombra; la exigua que daba un chopo se proyectaba fuera. El panteón familiar resultaba pretencioso en una esquina de aquel *corral de muertos*; una cruz de mármol blanco apuntaba al cielo sobre la lápida que registraba el nombre de mis antepasados. Más tarde me enteraría de por qué solo los antiguos tenían título nobiliario.

Iván San Facundo y Monique Besançon eran los últimos de una lista ya nada corta; murieron agarrados de la mano y de estar con ellos, en aquel vuelo fatídico, tendría un nombre más:

Alda San Facundo. Cuatro años.